

## El oro y la miseria

### *De oro están hechos mis días*

ANAMARÍA BEDOYA BUILES  
Alcaldía de Medellín, Secretaría de  
Cultura Ciudadana, Hombre Nuevo  
Editores, Medellín, 2011, 187 págs.

NOS VAMOS acostumbrando en Colombia a leer buenos libros de crónicas. Esa profunda inmersión en la realidad mediante una prosa bien cuidada y esforzada en darnos unos hechos determinados con un lenguaje que nos acerca y nos cuenta en detalle, en su interior, una parte de lo que pasa. Por ello a aquellas crónicas que dejaron de limitarse a decir de manera escueta (notarial), y pasaron a hacerlo con nuevos y dinámicos recursos de la lengua, se les ha dado en llamar periodismo literario. Lo mismo que otros (Alberto Salcedo) aluden como narrativas periodísticas.

Es una fortuna contar con esas ediciones que, aunque peque de ingenuo al decirlo, creo que seguirán existiendo porque a todos, siempre, nos gustará ver por dentro, y de primera mano, lo que pasa en ciertos lugares y lo que pasa en la vida de tantos personajes, a veces famosos, a veces anónimos, pero siempre con historias que contar, con vidas que mostrar. Como ocurre en las novelas, en los relatos, en los cuentos. Es exactamente lo que hace semejantes a este periodismo y a la propia literatura. Prácticamente desterrada de los periódicos (de donde nunca debió salir porque ella es hija de ese padre, por lo menos la buena, la que está hecha con nervio y con talento), la crónica sigue produciéndose en algunas pocas revistas y en algunos, también pocos, libros.

De la índole de estos últimos es *De oro están hechos mis días*, de la periodista Anamaría Bedoya Builes (Medellín, 1988), ganador de la Beca de Creación Artística de la Secretaría de Cultura Ciudadana de la Alcaldía de Medellín en 2010. Aquí está, de cuerpo entero, el municipio antioqueño de Segovia, ubicado al nordeste del departamento y famoso, creo que en todo el país, por sus minas de oro y las tantísimas historias, pocas veces buenas, sospecho, que han trascendido por los medios de comunicación a lo

largo de años y años. Ello se explica en lo que dice, con mucha razón sin duda, un humilde minero que trasiega largo rato por estas páginas: con todo el oro que han sacado de Segovia se podría pavimentar la carretera que va del municipio a Medellín (227 kilómetros, efectivamente destapada y en malas condiciones).

Lo que bien empieza, bien termina (al igual que lo que mal empieza...), se dice, y los libros no son la excepción. El primer párrafo de este libro reza:

El cielo negro y roto de lluvia apaga el canto del gallo pero no la música de la taberna. El día nace trasnochado. A las cinco y media de la mañana, hombres con cascos y botas pantaneras caminan por las calles quebradas de Segovia. Las gotas de lluvia golpean sus rostros redondos atezados por el sol. Jaime desayuna. Desde el balcón, mira la montaña donde alumbra la luz de la mina en la que trabajará solo por esta semana. Veinte mil pesos por día. Jaime tiene los ojos color esmeralda, una esposa, hijos de siete y cinco años, una casa pequeña y una moto atravesada en la sala.

En adelante es como si se halara de un hilo (narrativo) y se fuera desmadejando el ovillo de la historia hasta el final. Ovillo no compacto ni hecho de un solo material. Allí están las historias de la minería, propiamente, tal vez las más sobresalientes, pero no las únicas. Desde siempre hemos oído hablar de la brujería en Segovia, de espantos y ¡cómo habrían de faltar!, de “entierros”, aquellos extraños hallazgos (de oro) bajo tierra rodeados de misterio, rituales y, a veces, muerte.

La joven periodista se interna profundo en las realidades del pueblo segoviano y entabla amistad con distintos protagonistas que, es claro, le toman confianza (a pesar de la general desconfianza que predomina en un pueblo así donde imperan los mismos tumbadores de toda laya que “agentes” de impensables bandos) y van soltándole, una a una, las historias que ella necesita, todos los secretos de la minería, desde la más rudimentaria hasta la que requiere mayor tecnología, pero, en todo caso, en la que destinan cantidades inverosímiles de mercurio, superiores absolutamente a los estándares admitidos como normales: lo co-

rriente son de dos a diez nanogramos por metro cúbico, y el aire de Segovia alcanza hasta seiscientos mil, según Fabián, un minero curtido y enterado. Al lector el dato puede parecerle traído de los cabellos, pero ahí está y a él nos atenemos. (Cuando se citan estas cifras en el libro, vienen otras más inverosímiles, por mal escritas: 2000 mil, 5000 mil y 6000 mil nanogramos, ¿se podrá saber qué significan? No es el único descuido formal que comportan los textos, entendibles ellos, tal vez, en una muy joven escritora, pero no en la edición de una editorial curtida que no cuida con rigor el resultado final. Aquí me veo repitiendo lo que encuentro, como lector, en tantos y tantos libros. Malaya).

La cronista no se limita a llevar una historia lineal, ni a hacer descripciones fáciles de lugares y personajes; al contrario, entreteje las vidas de sus protagonistas, como si se tratara de una narración literaria, al igual que en la cronología del pueblo: todo comienza con un paro minero en 2010 (con nombres propios de gobernantes nacionales y locales que incumplen, una vez más, promesas y compromisos, con sus mismas acusaciones y desprestigios para deslegitimar las justas aspiraciones del paro, con el mismo asedio por parte de los grupos armados –todos–), lo que seguramente la llevó allí. En adelante vienen otros acontecimientos, desde la instauración en 1852 de la Frontino Gold Mines, el inicio del paso de las multinacionales por Segovia, con todo lo que ello ha significado: el saqueo y la imposición de condiciones de total desigualdad bajo la mirada cómplice y la mano de hierro de todos los gobiernos, hasta hoy. Aun desde la Colonia, tiempos en los cuales los indígenas también eran asesinados ante su rebeldía por la explotación a que se veían sometidos, y en el siglo XIX la empresa inglesa Western Andes & Mines compró algunas minas en el municipio de Frontino y fundaron la Frontino and Bolivia Gold Mining, pero como los ingleses iban detrás de la riqueza, supieron de Tierradentro y a lomo de mula trasladaron personal y equipos y fundaron un campamento minero que luego sería lo que es hoy Segovia; primero fue la mina, luego el pueblo [...]

CRÓNICA		RESEÑAS
<p>La cronista se documenta y entrelaza, como digo, las historias del presente, aquellas que ella misma está viviendo, con las de un pasado, a veces muy remoto, pero que repiten con terquedad y con perversidad la realidad. También nos cuenta, porque sus amigos-personajes del pueblo minero se lo cuentan, la masacre de 1988 (en ese año había nacido la periodista, digo yo, de mi peculio). Cuenta el episodio a instancias de Virgilio y William, padre e hijo, respectivamente, y en la voz del primero, con quien conversa por largo tiempo del terrible infortunio del asesinato de su pequeño hijo por parte de los paramilitares que, con la anuencia del ejército, masacraron a la población la noche del 11 de noviembre de 1988. Era la época en la cual la Unión Patriótica (UP) lograba en el país una importante influencia y ganaba alcaldías y concejos y se perfilaba, como partido, con un poder político concreto y no de solo propaganda y discursos. Segovia tenía alcaldesa de la UP y sus pobladores simpatizaban con la buena labor que desempeñaba al lado de concejales del mismo partido, lo cual enfureció a los gamonales que gobernaban hasta entonces y que temían por ese avance inesperado. Aquí está la historia completa de la masacre paramilitar y de la farsa oficial: las pantomimas del ejército que, a esas alturas, dejaban ver con desenfado la alianza macabra, al igual que toda la desinformación de parte de los medios de comunicación y, claro, del gobierno nacional. Historia tantas veces repetida y tantas veces, finalmente, sabida; aunque los muertos, muertos están.</p> <p>El último capítulo, “Cuatrocientos metros bajo tierra” es una muy peculiar historia de amor, revelada por Carlos Andrés, uno de los mineros con quien la periodista ha bajado al socavón, cuatrocientos metros abajo, y ha vivido un día de aquel pequeño infierno por el que los mineros se parten el lomo, esperando dar con la lotería de la gran veta, la piedra que valga un Potosí y les permita jubilarse de una vez con todo el futuro asegurado con lujos y mucho dinero, la ambición de todos y la que a casi nadie se le cumple. Pero Carlos Andrés, un hombre maduro, casado y con hijos, le cuenta el recién empezado romance</p>	<p>con una niña de trece años, estudiante de colegio. “En estos días mi hijo mayor cumplía doce años y yo me lo llevé a comer hamburguesa. Invité a la <i>pelada</i>. Yo estaba en mitad de los dos y ellos conversaban como si fueran amigos. Yo me quedé pensando, viendo que estaba con esa <i>peladita</i> que podía ser mi hija, que podía ser la novia de mi hijo”. Una conversación, en fin que revela en buena medida uno de los otros dramas de Segovia (extendido a todo el país, sin excepción): la promiscuidad y la proliferación de embarazos en niñas de doce, trece y catorce años. Otra tragedia.</p> <p><i>De oro están hechos mis días</i> es una muy buena ópera prima de una periodista que comienza su andadura con algunas magníficas influencias, se nota: Juan José Hoyos, Alberto Salcedo. Cuando un principiante logra, en cualquier género, que se le noten influencias de calidad, ha comenzado bien, sin duda.</p> <p style="text-align: right;"><b>Luis Germán Sierra J.</b></p>	